AÑO IV — BUENOS AIRES, 3 DE AGOSTO DE 1925 — N.o 184

BIBLIOTECA "F.V." S.A.

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

MARRUECOS

No hemos querido el socialismo y tenemos la guerra; era inevitable. Pero como la guerra tiene lugar fuera de los países europeos, como los campos de batalla están en Africa y una larga tradición imperialista nos ha convencido de que es un deber patriótico matar moros y llevar nuestra civilización en la punta de las bayonetas a los pueblos que suponemos inferiores y salvajes, contemplamos con una filosófica pasividad los acontecimientos. España gasta más de cuatro millones de pesetas diarias en Marruecos y a las pesetas se añaden las vidas humanas sacrificadas inútilmente desde tiempos inmemoriales para quitar a una población el derecho a vivir según sus costumbres y sus aspiraciones. Pero esas pérdidas materiales y humanas no son las únicas consecuencias de la guerra nefasta: se derrocha la sangre y el dinero y se oculta el espíritu del militarismo simultáneamente. Y la España que ha sido incitada desde hace centenares de años por el clero y los capitalistas a llevar su dominación al Rif, no ha pensado que la dominada será ella por la casta militar.

Pero la guerra es un morbo contagioso. La lucha entre las tropas españolas y las cabilas rifeñas ha ofrecido a Francia una nueva oportunidad para desahogar su belicosidad nutrida criminalmente por la prensa mercenaria y por los mercaderes de la opinión pública. Son ya dos poderosos ejércitos los que están en la obra de exterminio de todo un pueblo que defiende heroicamente su independencia. Las complicaciones pueden ser aun mayores, y quién sabe si no representa Marruecos una nueva conflagración mundial que tarde o temprano tiene que venir, porque la única voz que tendría derecho a dar un nuevo rumbo a la historia — la de los trabajadores — permanece muda, y los diplomáticos y los militares y los grandes industriales hacen lo que quieren y como quieren.

La Sociedad de las naciones ha resuelto que no se empleen en las guerras los gases asfixiantes y las bacterias mortíferas. Ha pasado ya el tiempo de la fé en los pedazos de papel llamados tratados entre los gobiernos. Nadie confía en tales resoluciones, pero sin embargo se quiere crear una especie de ilusión para que el horror a las guerras futuras, tan espantosamente destructivas de vidas y cosas, no se generalice y se transforme en un movimiento unánime de opinión contra las guerras en general. Sin embargo, no hay tal peligro; los gobernantes podrían ahorrarse secretos y simulaciones; la guerra futura en que intervengan entre sí los Estados llamados civilizados, será una guerra de gases y de bacterias que destruirá naciones enteras y no sólo la juventud vestida de uniforme y enterrada en las trincheras. Pero los pueblos no se inquietan; dejan hacer pasivamente; ven venir la nueva guerra mundial y no pasa por su espíritu siquiera un pensamiento de resistencia. El proletariado de España y de Francia va a la guerra de Marruecos, si no lleno de júbilo, al menos con la misma indiferencia que van las reses al matadero.

Se habló en millares de discursos en los congresos obreros, de la huelga general como respuesta a la guerra. ¿Dónde está la huelga general que ponga un fin a la carnicería de Marruecos? En ciertos ambientes proletarios, incluso, reina la satisfacción, porque las fábricas de municiones y de fusiles funcionan febrilmente, y de ese modo tienen el pan asegurado. ¡Ningún sentimiento de responsabilidad, ningún remordimiento de conciencia por la complicidad en el crímen!

LA CIVILIZACION ESPAÑOLA EN MARRUECOS.— Soldados españoles llevan clavadas en las bayonetas cabezas de prisioneros rifeños. — Moltke decía que las más nobles virtudes del hombre florecen en la guerra...

BELLEZAS DE LA GUERRA.— Fusilero alemán herido en septiembre de 1914. Está aún en tratamiento.

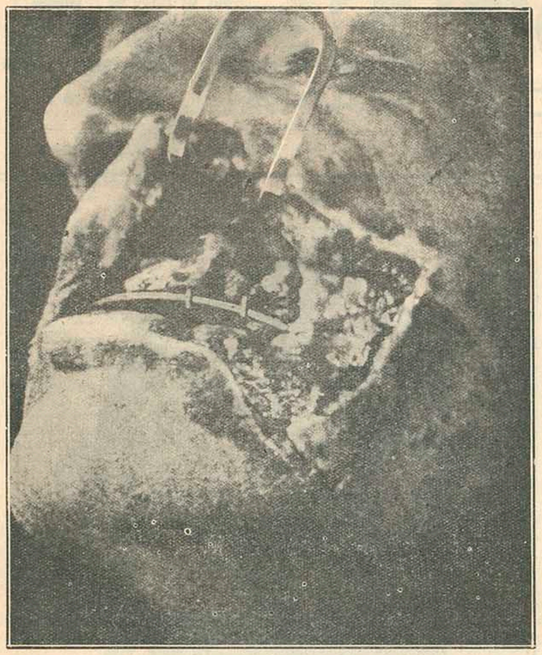
Y los trabajadores de los países todavía no involucrados en la hecatombe marroquí, no se creen en el deber de dar un solo paso en el sentido de manifestar su voluntad de paz y su adversidad a la guerra en todas sus formas. Es igualmente un mal signo, porque los que hoy ven con indiferencia la guerra que asola otros pueblos, mañana sufrirán con resignación la que les afecte directamente a ellos.

Que los anarquistas no se hagan cómplices del silencio y de la pasividad en esta hora. De nadie más que de ellos es de esperar una iniciativa contra la guerra. Es verdad que son númericamente pocos todavía para que su acción sea decisiva, pero son lo suficientemente numerosos para servir de ejemplo a las grandes masas y demostrar prácticamente el verdadero camino para la abolición definitiva de la guerra. Si los anarquistas callamos en esta ocasión, ¿tendríamos derecho a quejarnos del espectáculo desolador de la pasividad suicida del proletariado en general ante los planes imperialistas y militares de los Estados?

El monstruo de la guerra no sólo es alimentado en el viejo mundo por las rivalidades capitalistas y por el expansionismo político; disfruta en todos los rincones de la tierra de las mejores condiciones de existencia. Ante nuestros ojos se están armando países que aparentemente, por ahora, nada tienen que temer, como los sudamericanos; eso sin contar los conflictos históricos de Chile y Perú. En Asia la guerra es un fenómeno constante y será cada vez más agudo. Pero nada hacemos con prever las guerras futuras si no demostramos ante las actuales nuestro enérgico repudio.

La guerra diezma todavía la población europea, sólo que el campo de batalla ha sido trasladado al norte de Africa, y en el conflicto hay una nueva diferencia que debería impulsarnos más aún a intervenir con nuestra protesta: en la gran guerra de 1914-1918 se combatían camarillas capitalistas ansiosas de predominio; en la guerra de Marruecos está por una parte un pueblo que quiere defender su territorio contra el robo y la expoliación en nombre del progreso, y por otra varios Estados reaccionarios que no vacilan en hacer derramar ríos de sangre para asegurar su predominio político sobre un pedazo de tierra que no les pertenece.

Aunque los planes de Abd-el-Krim sean la instauración de un Estado independiente en el Rif, que no modificará la extructura de la sociedad en dominadores y dominados, en explotadores y en explotados, la causa que defiende contra la voracidad de los invasores españoles y franceses, es justa. La independencia política de Marruecos es una condición previa de evolución hacia concepciones más igualitarias y justicieras. No puede esperarse de ese pueblo que se interese



BELLEZAS DE LA GUERRA.—
Las tenazas del médico.

Una leyenda pretenciosa

Después de la escisión de la Internacional, los dos campos enemigos prosiguieron una táctica más y más divergente. Mientras los federalistas se basaban cada vez más en una lucha económima revolucionaria, los adoradores del Estado popular centralizado avanzaban en forma creciente por la vía de la acción parlamentaria y legislativa, de la moderación y del compromiso. Y no es de ningún modo asombroso que la vieja denominación de "socialista revolucionario" se le hiciera incómoda a aquellos pacíficos y diplomáticos señores. Se encontraron en la necesidad imperiosa de un nuevo adjetivo que se adaptase mejor a sus nuevas ideas sobre el socialismo y a su posición distinguida como candidatos a fabricantes de leyes.

El deseado adjetivo fué encontrado por fin; en lugar de "revolucionario" se puso "científico"; — había que distinguirse de ignorantes tales como St. Simón, Owen, Proudhon y Tchernichevsky.

Y a fin de que la ciencia fuera para la socialdemocracia algo completamente particular, había que presentarla como su propiedad, como algo basado en los descubrimientos especiales de aquellos parlamentarios. En lugar de decir sencillamente que la evolución colosal de la cultura europea nos obliga a una transformación radical de la organización capitalista existente y que la ciencia en su amplio significado (la ciencia creada por las investigaciones de innumerables pensadores independientes) llegaba a la condenación de las formas individualistas de producción y de consumo, prefirieron atribuirse a sí mismos una "ciencia" propia. Pero olvidaron que la ciencia de partido — si puede existir tal — sólo puede ser reconocida por los miembros del partido, mientras que las reclamaciones unánimes de todas las ramas de la investigación humana obran sobre todos los que son capaces de pensamiento con un vigor irresistible.

Sin embargo, las doctrinas de la socialdemocracia oficial ¿contienen leyes y principios desconocidos para la ciencia en general o para los socialistas de las escuelas "no científicas"?

"Las leyes de la producción capitalista descubiertas por Marx — leemos en la biografía de Engels (*Neuen Zeit*, Jahrg, IX, Nr. 8) — están tan sólidamente fundadas como las de Newton y de Keplero relativas a los movimientos del sistema solar".

"Es a Marx — dice Engels — a quien agradecemos dos grandes descubrimientos: 1º, el descubrimiento del misterio de la producción capitalista por medio de la plus-valía; 2º, la concepción materialista de la historia" (Engels, *Entwicklung von der Utopie ur Wissenschaft*).

"En 1845 resolvimos (Marx y Engels) dedicarnos a la investigación que exigía la concepción materialista de la historia descubierta por Marx" (*Ludwig Feuerbach*, prólogo de Engels).

En una controversia con Dühring dice Engels: "Cuando Dühring sostiene que todo el sistema económico de nuestro tiempo... es el resultado de las luchas de clase y de las opresiones..., repite sólo verdades que se han convertido en lugar común desde la aparición del *Manifiesto comunista*".

Y si Engels reconoce una vez ingenuamente (en *Ludwig Feuerbach*): "Y hay que hacer notar que no fuimos nosotros solos los que volvimos a descubrir la dialéctica materialista" — los discípulos de esos dos pensadores van más lejos. Declaran que sus maestros fueron los primeros que aplicaron el método dialéctico a las investigaciones y estudios históricos, económicos y sociológicos, y que habrían encontrado gracias a ese método la ley de la concentración del capital.

Las citas mencionadas nos señalan que el servicio de nuestros dos Dióscuros socialistas está basado en el descubrimiento y la formulación de las siguientes leyes intangibles:

1. La teoría del plus-valor (apropiación de la plus-valía como fuente del enriquecimiento capitalista y de la pobreza de las masas);

2. La interpretación materialista de la historia;

3. La teoría de la concentración del capital.

Si los fabricantes de leyendas hubiesen dicho simplemente que nadie ni antes ni después ha tratado tan completamente como Marx la tesis de la plus-valía, que ningún autor socialista de país alguno le ha superado en el análisis desplanado de la producción y de la acumulación capitalista y que en su análisis ha elaborado más claramente que nadie la teoría de la creación de la plus-valía y la manera y la consecuencia de su apropiación por la clase capitalista, sería el último en negarlo. Su obra es uno de los puntos radiantes de la literatura socialista. Pero con todo no es él quien primero formuló la idea de la plus-valía. Fueron escritores burgueses los que nos enseñaron mucho antes que Marx que el capital es el resultado del robo legal de la plus-valía.

El "producto neto" de Adam Smith, que demostró el primero que "toda riqueza no procede de la tierra, sino del trabajo", corresponde a la "plus-valía" de Marx. Lo mismo podemos constatar en los fisiócratas (véase la *History of Socialist Systems* de H. Dennis). A comienzos de este siglo dijo Sismondi, un demócrata, no un socialista, que si dedujéramos los precios de producción de los precios de cambio, quedaría un exceso del cual se apropiaron los capitalistas. Ese exceso, que es el resultado del trabajo, lo llama Sismondi *mieux-value* (textualmente: mejor valor).

Un contemporáneo de Sismondi, un discípulo de Robert Owen, Thompson, en su obra *Social Science, an inquiry into the distribution of wealth*, Londres, 1827, ha desarrollado bien claramente la idea de la plus-valía. Según Thompson toda la riqueza capitalista resulta de la apropiación violenta del *surplus* (superávit) de la producción. "Sin la violencia no puede existir ningún privilegio" (pág. 106). "¿Por qué no recibe (el trabajador) todo el producto absolutamente de su trabajo sin ninguna... deducción?" (pág. 37). Thompson responde, porque todo el *surplus* del mismo le es robado bajo diversas formas (alquileres, ganancia, etc.). Como adepto de Owen predica un socialismo amplio y humanitario. Se puede considerar su punto de vista en su defensa "del trabajo libre, del disrute completo del producto (por parte de los productores) y del libre cambio".

Pero particularmente con Proudhon tropezamos a menudo con una clara concepción de la plus-valía. Marx y Engels, lo mismo que sus discípulos, han presentado a Proudhon como un socialista ignorante, y sin embargo ese sofista escribió antes que Marx en sus *„Contradicciones económicas"*: "Para la ciencia económica, dijimos con Adam Smith, el trabajo es la medida de todos los valores" (pág. 107). "Para la economía política el principio de que todo trabajo debería dejar un superávit, es simplemente la consagración del derecho constitucional que nos fué conquistado a todos por la gran revolución, el derecho de robar a los vecinos". (Traducción de Tucker, Vol. I, pág. 113).

Mieux-value, surplus value, excess of labor, todo significa lo mismo, es decir, aquella parte del valor del producto del trabajo de que se apropian los capitalistas. Proudhon tiene perfecto derecho al decir que eso es "el derecho de robar a los vecinos".

Demos el nombre que querramos a aquella parte del producto del trabajo que los capitalistas acumulan, su apropiación es siempre un robo, sea legal o no. Todas las filosofías y todas las llamadas leyes del capitalismo pueden ser resumidas del modo siguiente:

1. Robo a los productores en la venta de sus productos.

2. Nuevo robo a los mismos productores en su cualidad de consumidores del producto.

Y la conciencia popular comprende muy bien desde hace mucho la naturaleza del comercio y del capitalismo, aun en tiempos de los sabios griegos. Mercurio, el dios del robo, era también el dios del comercio y de los abogados.

En Marx hallamos maravillosamente elaborada la teoría de la plus-valía, especialmente desde el punto de vista de la acumulación capitalista. En sus manos la plus-valía es un arma preciosa contra todas las escuelas económicas burguesas. Le corresponde también a él el mérito de su más perfecta definición. En el capítulo: *Transformación de la plus-valía en capital*, dice:

"Y mientras recibe el valor de cambio de su energía de trabajo, ha enajenado el obrero su valor de consumo, como acontece en todas las compras y ventas de artículos... La transformación del dinero en capital origina los siguientes resultados:

1. que el producto pertenece a los capitalistas y no a los productores;

2. que en el valor de un producto no está contenido sólo el valor del capital adelantado, sino también una plus-valía que cuesta trabajo a los trabajadores y nada a los capitalistas en cuya propiedad legal se transforma;

3. que el obrero recibe conservada su fuerza de trabajo y puede volver a venderla si encuentra un comprador".

Todo eso es verdad y muy completo; pero ya hemos visto que Sismondi, Proudhon, Thompson han tratado las mismas ideas. ¿Por qué declara Engels tan enfáticamente que "debemos a Marx dos grandes descubrimientos"? ¿O es que es "científica una tal desfiguración de los hechos?

W. TCHERKESOF

(De *Freedom*, 1895).

EPOCA CATASTROFICA

Las catástrofes están siendo la flamante moda que adoptó la naturaleza para engalanarse de ruinas. Por lo pronto dejemos de lado los terremotos, con su cortejo de los fenómenos volcánicos, procesión feérica, espectáculo incomparable que obedece a las leyes de la evolución, que nada tiene que ver con las convenciones humanas. Acostumbrados a ponerlos en el catastro de las fatalidades inherentes a nuestro destino deleznable, nada valen nuestras imprecaciones contra los volcanes y los terremotos. Por eso los dejamos de lado. Por ahora son las ilustres calamidades irremediables.

Pero los derrumbes de casas, de puentes, ya entran en los límites de nuestras posibilidades. La frecuencia de estos accidentes, que en estos pocos días acontecieron, subsiguiéndose unos tras de otros, descubre la falla fundamental de esta civilización que se basa en la concurrencia y gira sobre el eje torcido de la superproducción. El afán inmoderado de lucro que hubo de penetrar casi todas las capas sociales, instigadas y urgidas por el instinto de conservación, produce las dolosas manifestaciones de la actividad industrial y en la mayoría de los órdenes de la vida societaria, causa principal de esos desplomes repentinos de techos, paredes y casas, que a los dos años de construídas empiezan a partirse en grandes rajas, como si en ellas se hubiese empleado cartón mascado.

De esta época de hierro y cemento armado es posible que en unos siglos no quede ni rastro.

Esta sociedad estatal y burguesa ha sido la más despilfarradora de energías humanas que en toda la historia del mundo no se encuentra otro ejemplo. Es la época de la confusión, como la calificó Wells. Los hombres se desgastan durante toda su existencia en fabricar objetos, utensilios, edificios que cuanto más deleznables son es mejor, ya que el trabajo esclavo se prolonga hasta el infinito y habrá para que todos se hallen en movimiento...

Ruskin nos da el exacto símbolo de este simulacro de civilización, al decir que la gran masa humana se halla obligada, por los capitalistas que la mangonean, a esculpir con nieve su fisonomía por el trabajo de sus manos.

¿Qué obra perdurable le permiten crear al artista, al artesano y al obrero? Pero no hablemos de la perdurabilidad, sino de lo útil por la economía del esfuerzo. Eso es lo que menos se tiene en cuenta. Es tan barata la labor humana, que el costo de una criatura humana no asciende al valor de un toro shorton, ni está rodeada de tantas comodidades.

en un ideal superior mientras a causa de su posición subordinada, atribuya todos sus males y desgracias al dominador extranjero.

Levantemos nuestra voz contra los gobiernos de Francia y de España que quieren someter por la fuerza de las armas, sin escatimar sangre proletaria ni dinero, sustraído también al esfuerzo proletario, una parte del mundo donde viven hombres como nosotros que desean la paz y que aspiran a una vida de trabajo y de libre expansión. No olvidemos que somos los únicos que podemos tomar esa iniciativa sin preocupaciones nacionalistas ni consideraciones bastardas.

La guerra de Marruecos es odiosa porque

a) es un semillero de nuevas guerras y anuncio de una conflagración mundial;

b) es una empresa imperialista de los gobiernos de España y de Francia, dirigida contra un pueblo que ningún mal ha intentado originar a los proletarios españoles y franceses;

c) y, como toda guerra, sólo es ejecutada por los trabajadores en forma de soldados, y de asalariados en las fábricas de municiones y en los transportes militares.

Poner obstáculos en el camino de la guerra de Marruecos es obra de humanidad y un deber revolucionario.

¡Guerra a la guerra!

D. Abad de Santillán

DISQUISICIONES —

DE LA LIBERTAD

La idea de la libertad ha ejercido siempre sobre el espíritu humano una influencia benefactora. Ella es el soplo vivificante y propulsor de la vida humana. A su influjo se debe al eterno retoñar de las esperanzas que alientan y dignifican a los hombres y a los pueblos en sus luchas por un mayor grado de civilización. Observando el grado de libertad que regula las relaciones de los hombres en su vida social, podemos obtener y precisar el estado de civilización de que gozan. Porque en nuestra opinión, donde la libertad no precede las relaciones humanas, los beneficios de la civilización no tienen efectividad alguna sobre la vida del individuo y de la sociedad. La libertad es la única norma fundamental del orden, y en consecuencia de la justicia. El espíritu de justicia no puede ser extirpado de la conciencia humana: es un atributo de nuestra naturaleza. Y si no se manifiesta en todos los hombres, eso no demuestra que no existe, pues sabemos por repetidas experiencias que los cue más se empeñan en negarlo con sus actos, son precisamente los primeros en caer víctimas de esa misma aberración. El fascismo y el bolchevismo están en ese caso. La burguesía les acompañará en la inevitable caída, porque élla se sostiene en virtud del espíritu que informa al fascismo y al bolchevismo.

La libertad y la justicia no pueden ser embargadas en nombre de nada ni de nadie; ellas vuelven siempre por sus fueros. El encanto... de la tiranía estatal, se quiebra al menor asomo de la reflexión; el espejismo de los partidos políticos autoritarios y de los hombres providenciales, se esfuma al menor contacto de las realidades. El sentimiento de justicia no puede dejar de alentar la vida, de propulsarla. La locura autoritaria, producto de la incomprensión de la naturaleza humana, residuo morboso de las tinieblas del pasado, no puede ya encerrar en sus estrechos moldes arcáicos las nuevas modalidades del espíritu humano: la anarquía. Si la revolución es la partera del porvenir, la libertad es el germen y la justicia el fruto. La libertad que no se conquista con el propio esfuerzo, no es la libertad. El que concede la libertad es un impostor, y el que la acepta un imbécil. En todo régimen autoritario, la libertad, el derecho y la justicia no son más que pretextos infames con que la autoridad encubre sus crímenes. El que manda, como el que obedece, vive al margen de la libertad; ambos son el producto de la falta de la libertad, esto es, de la autoridad. El espíritu de la libertad es la voz de la naturaleza que nos aleja de los males del autoritarismo.

HELIOS

Informe oficial del segundo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores

Celebrado en Amsterdam del 21 al 27 de Marzo de 1925

Sexto día de sesiones — 26 de marzo

La comisión de redacción presenta la resolución sobre la lucha contra la reacción en su forma definitiva. Es votada y aceptada por unanimidad.

He aquí el texto:

"El congreso considera como indispensable la libertad de la prensa, de la palabra y de la asociación para las luchas de los trabajadores.

Esas libertades son el producto de pasadas revoluciones y la defensa o la reconquista de las mismas dependen siempre de la fuerza de resistencia que puede ejercitar el proletariado organizado. Son una preciosa herencia que debe ser agrandada constantemente y que no puede ser confiada a merced de ningún gobierno.

El congreso es de opinión que los sindicatos revolucionarios y antiautoritarios agrupados en la A. I. T. están por sus ideas mismas fuera de todo peligro de compromiso con los partidos y organizaciones que aspiran a la conquista del poder, aun cuando en su camino se crucen con otras fuerzas políticas en la lucha contra una dictadura militar o civil. En la lucha contra la dictadura bolchevista el congreso declara que toda connivencia con algún elemento u organización estatista, aunque sea pasajera, es imposible.

Pero el encuentro posible con otras fuerzas políticas no debe mecer al proletariado en la ilusión de que la democracia burguesa, por revolucionaria que se presente en ciertos momentos, tendría el deseo o el interés de volver a sus viejas tradiciones revolucionarias. La resistencia de la clase obrera como fuerza organizada en la lucha social, ha hecho a la burguesía liberal cómplice y sostén de la dictadura, aunque en teoría se subleve contra ella.

El congreso es de opinión que el proletariado en todo caso sólo saldrá perdiendo si, en lugar de aprovechar los efectos eventuales de la oposición democrática contra alguna dictadura, se vuelve instrumento de la democracia y de ese modo se incapacita para obtener la menor ventaja para sí mismo y se convierte en prisionero de las consecuencias políticas de ese compromiso.

El congreso exhorta a la clase obrera de aquellos países alcanzados por el furor de la dictadura a conservar su confianza en la lucha de clases y, donde las condiciones no permiten la actividad regular de los sindicatos, a agruparse en sus lugares de trabajo — en las fábricas, en los campos y en las industrias de las comunicaciones —, pues la verdadera lucha contra la dictadura no sólo coincidirá con el levantamiento del proletariado en toda la línea de la producción económica, sino que será también la condición de todo levantamiento contra la dictadura".

Se lee igualmente la resolución sobre las luchas prácticas cotidianas y se aprueba unánimemente. He aquí el texto:

"Considerando que la Asociación Internacional de los Trabajadores aspira a la supresión de toda forma de salario y a la abolición del Estado como uno de sus objetivos más importantes y más fundamentales, objetivo que sólo puede ser alcanzado por la clase obrera revolucionaria organizada;

considerando que las luchas prácticas por la obtención de mejores condiciones de vida para el proletariado dentro de la sociedad capitalista son de una importancia singular tanto para la evolución de la iniciativa revolucionaria del movimiento obrero como también para la elevación del nivel vital en todos los dominios de la existencia material y espiritual;

considerando que la supresión de la desocupación que hace insoportable la vida a millones de proletarios, es una urgente necesidad de esta hora;

que la desocupación parcialmente es el resultado de una superproducción que puede atribuirse a que la producción no es condicionada por las necesidades del pueblo, sino por los intereses del capitalismo y el bajo nivel de los salarios;

que se llega a esa superproducción aparente mediante el perfeccionamiento científico de todos los instrumentos de producción;

que los progresos de la producción mecánica tendrían que acompañarse necesariamente de una reducción correspondiente de la jornada de trabajo, porque aun bajo el sistema capitalista no habría que abandonar exclusivamente las ventajas de semejantes progresos a los actuales detentadores de las riquezas sociales;

considerando además que, de acuerdo a las más irrebatibles conclusiones de la investigación científica, la jornada de ocho horas en la industria moderna motiva un derroche de energías vitales y provoca un grado tal de tensión que supera la capacidad física de resistencia del hombre;

que ya en algunas industrias de diversos países es un hecho la jornada de siete horas,

declara el congreso

que la A. I. T. apoyará con todos los medios que están a su disposición toda acción y toda lucha que tenga por fin mejoramientos prácticos en la situación de la clase obrera. El congreso exhorta a todo el proletariado a participar activamente en toda acción para la conquista de la jornada de seis horas."

El congreso pasa al examen de las modificaciones a los estatutos. En general sólo se proponen modificaciones de estilo, aprobadas después de ser examinadas. Existe una proposición de Schapiro para añadir al párrafo 2 de la "Declaración de principios" lo siguiente:

"De ahí se sigue que el peligro para el sindicalismo revolucionario consiste en la unión con las organizaciones políticas y movimientos que o bien aspiran a la conquista del poder y sólo ven en la clase obrera organizada un instrumento explotable a favor del partido, o con organizaciones que se declaran contra la conquista del poder, pero que no han roto aun definitivamente con la ideología estatista, aunque tenga un carácter transitorio.

"Por el contrario, el sindicalismo revolucionario no tiene nada que temer de organizaciones o movimientos, que aunque no reconocen completamente la lucha de clases y la misión decisiva de las organizaciones obreras económicas en el curso de la revolución social, consideran sin embargo la destrucción del capitalismo y del Estado como condición indispensable de una revolución victoriosa y son decididamente adversarias de la intervención de una organización estatal o antiestatal cualquiera en el movimiento obrero y en las organizaciones económicas de los trabajadores. Con esas fuerzas, organizaciones y movimientos, los sindicalistas revolucionarios deben buscar una base de entente y de convivencia, para que la obra liberadora sobre una base federalista y antiestatal no sea obstaculizada, para que la propaganda de las ideas del comunismo libertario y del sindicalismo revolucionario antiestatista pueda complementarse recíprocamente, para que la marcha hacia el comunismo antiestatista sea apresurada y aumente la esperanza en el triunfo final de la revolución."

Esa proposición provoca una viva discusión. Rousseau, Holanda, declara que no pueden aceptar ese agregado a los estatutos, que los anarquistas, a los que se refiere sin nombrarlos directamente, combaten de la manera más acerba a los sindicalistas revolucionarios en Holanda. Hay en Holanda anarquistas individualistas que rechazan toda organización y con esas gentes no se puede hacer nada en común. También Lansink declara que los sindicalistas en Holanda no pueden marchar juntos con esa especie de anarquistas que rechaza la huelga. Borghi quiere demostrar la parte esencial de la proposición Schapiro. Se debe uno guardar de rechazar simplemente a los que no nos agradan. Los anarquistas de París a menudo están contra nosotros, aunque en los momentos de crisis están completamente con nosotros. Cuando nos combaten están en contradicción consigo mismos. En Italia pasa lo mismo. En lugar de partidos y grupos deberíamos decir grupos antiautoritarios. También Kater es de opinión que no se deben hacer concesiones susceptibles de provocar la confusión. En Alemania hay gentes que en nombre del anarquismo no quieren acción revolucionaria alguna y que sólo se presentan como apóstoles del hambre. Rocker expresa igualmente su punto de vista, de que en esa proposición debía expresarse una idea. Hay que distinguir entre partidos y grupos antiautoritarios. Hay anarquistas que tienen diversa concepción del movimiento obrero revolucionario, como por ejemplo Malatesta. Sin embargo se puede colaborar con él perfectamente. Es verdad, existen anarquistas con los cuales no es posible cooperación alguna. Un ejemplo lo tenemos en Langer de Hamburgo. Es preciso hacer una diferencia. Hacen uso de la palabra otros delegados. Souchy propone que se retire la proposición, pues lo esencial de ella está contenido ya en los estatutos. Schapiro sostiene que esa proposición no ha sido entendida, sino que ha sido mal entendida. Lo que dijo Rousseau confirma su opinión: se puede cooperar también con los anarquistas. No hay que olvidar que los fundadores de la A. I. T. son anarquistas. La lucha actual entre anarquistas y sindicalistas es peligrosa para ambas partes, por eso debía llegarse a un acuerdo. El comunismo libertario no tiene nada que ver con el individualismo. Concesiones no hay que hacerlas. También los anarquistas quieren la lucha de clases, aunque con ciertas reservas. Debemos encontrar un lazo de unión con esas organizaciones, especialmente en los países latinos. Si nos combatimos recíprocamente, entonces el movimiento libertario en general sería perjudicado. En Francia se ha llegado a un punto extremo y eso es lamentable. No se debe tener tanto temor a un par de individualistas. Si nos preguntamos los sindicalistas revolucionarios cómo imaginamos la construcción de la sociedad futura, veremos que tampoco entre nosotros existe claridad. La savia del sindicalismo revolucionario procede de los anarquistas. El asunto de los individualistas puede dejarse a un lado, porque aquí se habló sólo de comunismo libertario.

Se pone a votación. Se abstienen: Argentina, Brasil, Noruega, Uruguay, Dinamarca. Votan contra: Alemania y Holanda. A favor: Italia, Portugal, España, Suecia. Resultado: 6 abstenciones, 4 en pro y 2 en contra.

Como la mayoría se abstuvo, la proposición pasará a examen de las organizaciones adherentes. Schapiro observa que la cosa en realidad sólo hubiera entrado en vigor después de un próximo congreso, pues se trata de modificaciones a los estatutos.

Díaz, Argentina, explica el sentido de la abstención de la delegación americana. Teóricamente, no tiene ninguna objeción que hacer a la proposición de Schapiro,

pero la situación en algunos países de Europa no es la misma que en América, donde los anarquistas actúan en el movimiento obrero y es preciso dejar el tiempo suficiente para que las cosas se aclaren, sin forzar a nadie a adoptar una actitud que le repugna.

Rocker declara que recibió la credencial del Brasil tan sólo al llegar a Holanda y no conoce aún la opinión de los camaradas de aquel país sobre ese problema.

La delegación argentina pone a discusión el asunto de la no participación en el órgano administrativo de la Internacional de miembros que pertenezcan a un partido político aspirante al poder. Se promueve una viva discusión. Car-

bó es de opinión que se postergue el asunto hasta el próximo congreso. Borghi dice que los anarquistas en Italia, en especial Luigi Fabbri, se han esforzado durante largos años por sostener que también ellos constituyen un partido político. Si se aceptase esa proposición no podría pertenecer un anarquista al bureau administrativo. Por esa razón la delegación italiana estuvo en el congreso constituyente contra la admisión de la cláusula, y si ahora se reformase, él, que en 1922 había acudido al congreso con Giovanetti, tendría que votar en contra, pues no podría asumir la responsabilidad de obrar sin consultar los otros miembros de la U. S. I. Jensen, de Suecia, declara que los anarquistas en Suecia constituyen el partido de los jóvenes socialistas, al cual pertenece él mismo, y que, en consecuencia, ese párrafo le impediría de formar parte del órgano administrativo de la A. I. T.

Souchy propone dejar a un lado esa cláusula, pues en la práctica no será elegido nunca miembro del órgano administrativo de la A. I. T. ninguna persona que pertenezca a un partido político autoritario. Silva Campos, Portugal, es también partidario de borrar esa cláusula de los Estatutos. Schapiro polemiza sobre conceptos vertidos por Díaz. En Rusia existen socialistas revolucionarios de la izquierda que quieren entrar en relación con la A. I. T. Sería mejor añadir "que pueden ser elegidos al comité de la A. I. T. miembros de partidos políticos que no quieren la conquista del poder". Kater cree igualmente que se puede borrar ese punto de los estatutos. Rousseau no está de acuerdo con Kater. En Holanda han visto formar parte de la comisión administrativa del N. A. S. a miembros que hacían propaganda por Moscú y la I. S. R. Se hace notar también que se puede obrar contra nuestro movimiento y nuestras ideas sin ser miembro de un partido político.

Se pone a votación. Votan por suprimir totalmente la cláusula de los Estatutos: Argentina, Alemania, México, Noruega, Portugal, España, Suecia, Uruguay. Contra: Holanda e Italia. Abstenidos: Brasil.— 9 votos por la supresión, 2 en contra, y una abstención.

Se resuelve suprimir ese párrafo.

Schapiro hace una proposión para formar una comisión internacional de estudio. La misión de esa comisión de estudio sería tratar los problemas sobre los fenómenos internacionales en la lucha contra el Estado y el capitalismo, el esclarecimiento teórico y la edición de esos trabajos en forma de folleto. Son propuestos como miembros de esa comisión Jensen, Suecia; Rocker, Alemania; Carbó, España; Giovanetti, Italia; Maximoff, Rusia. Maximoff no es miembro de la A. I. T., pero eso se debe a la situación actual; por lo demás, es uno de los teóricos más serios del sindicalismo en Rusia. La sede de esa comisión será Sthokolmo y para la presidencia es propuesto Jensen, que acepta, después de reflexionar. Santillán propone que forme parte de esa comisión también alguien de los países americanos; es elegido Enrique Nido. Además se hace la propuesta de dar a la comisión el derecho de nombrar nuevos miembros, si lo considera necesario.

Es aprobado todo por unanimidad.

(*Continuará*)

POR LOS SALONES

Exposición Gonzalo Bilbao

Esta temporada, por el tiempo transcurrido, pareciera no favorecer la pintura española en general y sus artistas en particular. Nos resistimos a concebir que España no posea artistas de tan recia contextura artística como los hay, aunque en reducido número, en los demás países. Las pretéritas muestras no nos revelaron una obra que rebasara del nivel común, ni nos descubrieron un pintor que no colindase con las fronteras de la mediocridad. Por informaciones recibidas por algunos camaradas, quienes se hallan en el extranjero, pudimos saber que en Barcelona — como los habrá en otras ciudades — trabajaban y vivían algunos artistas, no muy conocidos, y que eran una firme promesa para el arte español.

En un banquete que se le diera al crítico Juan de la Encina, se murmuró algo a fin de organizar el intercambio artístico entre los artistas de aquí y los de allende el Océano, dando a comprender que mercaderes de pocos escrúpulos desprestigiaban con su bric a brac el arte de la península.

Hasta ahora las exposiciones individuales que fueron realizadas con obras de pintores consagrados por los críticos más autorizados y de larga fama en el ambiente intelectual de España, eran mediocres y malas. En el mismo caso cabe el anciano pintor de Sevilla, Gonzalo Bilbao. Posee varias medallas, toda la hojalatería de las recompensas y de las condecoraciones, y no alcanza a ser más que un académico de brillante y huera pintura.

De sus setenta obras, una de un tamaño descomunal — *Las Cigarreras* —, casi ninguna se salvará del olvido irremediable a que las condenarán las generaciones futuras. Y conste que la supuesta profecía no necesita el menor conocimiento artístico para pronunciarla. Basta un adarme de gusto y la frecuentación de los buenos maestros. Todas las telas, en los paisajes y en las figuras, nos infunden la sensación de cuadros de bazar. Nosotros, que en un tiempo detestábamos a Padilla y a su equivalente Laurens, estamos por prosternarnos ante ellos para huir de la pintura de Gonzalo Bilbao.

Para refrendar aquello de que era un artista consagrado y "hors concours" ya en 1897, y no es de los muertos de hambre y de inenarrables sufrimientos, como Van Gohg y Gauguin, declararemos quién es el prologuista. Pues, siendo de Sevilla el pintor, nadie más apropiado que los hermanos Quintero.

Dejando de lado los datos cronológicos, la enumeración de las numerosas recompensas y medallas, leamos a salto de mata las afirmaciones de los hermanos comediógrafos:

Gonzalo Bilbao es un pintor que no ha estado nunca de moda, *dicho sea esto en su mayor elogio. La moda puede ser bella, ciertamente, pero siempre será pasajera, efímera. En arte, la moda es un peligro. El figurín que hoy se celebra por su aparente novedad o por su exotismo, se verá mañana olvidado o escarnecido. En cambio...*

La obra de Gonzalo Bilbao se distingue por el equilibrio, el reposo, la eterna lozanía de las cosas logradas. Pasen años y siglos por las mieses ardientes de aquella Siega *deslumbradora, y por los abrasados y sudorosos campesinos, que no habrá a buen seguro en lo porvenir ojos que los miren como obra trivial que en su día conquistara un artificioso triunfo, sino como hermoso ejemplar artístico, sorprendente copia de una escena de perenne belleza de fatiga del trabajo humano, ante la cual es fuerza detenerse y rendirse.*

Y lo dicho de La Siega, *pensadlo y decidlo también de la doliente* Esclava, *de los graciosos* Seises, *de las bullidoras* Cigarreras...

A no mediar la circunstancia de ser los hermanos Quintero los introductores de su conterráneo, no habríamos reproducido esas efusiones excesivamente líricas y, para nosotros, poco veraces, que en casi nada condicen con la realidad que vimos y palpamos en los cuadros del pintor sevillano. Pero se explica en ellos, tan apegados al arte anecdótico y de un regionalismo chillón. No negaremos que el arte teatral cultivado por ellos con todo provecho y fortuna, sea muy superior al de su colega plástico.

Dijimos que ésta era la obra de un académico, quien nació octogenario en el espíritu y añadiremos que es el arquetipo de la trivialidad con visos de elegancia empolvada. Es el diamante químico, mentado por Soffici, la brillante falsificación que deslumbra más que el verdadero, como el arte falso emboba y capta más fácilmente a los ignaros y a los candorosos... Aquellos que confunden la pintura con las fotografías iluminadas, de una mansa y lacia objetividad, sin el menor vislumbre de pasión, entusiasmo, dolor; engendradas con una mecánica fría por la cual se respeta las leyes rígidas del dibujo, de la perspectiva, de las elementales armonías, de las tonalidades, pero sin el principal elemento humano

Dijérase que Gonzalo Bilbao tuviese innata la vocación de folletinista, al comprobar la preponderancia que da al asunto, a la gesticulación desdibujada de sus personajes, con una prescindencia total del elemento plástico.

Es el peor espécimen de académico, o sea de *pompie*, que pudimos contemplar en todos nuestro días. Quizás se extrañen del exceso de severidad que gastamos con este pintor de la riente Sevilla.

DEGAS — "Planchadoras"

Nos resulta un mal ejemplo el de estos pintores consagrados, condecorados con varias órdenes y cruces, quienes, al ser tomados en serio por algunos criticastros, pueden embaucar a la juventud haciendole creer que donde se halla el éxito se encuentra también el arte.

BIBLIOGRAFIA

Mackay John Henry — "Sturm" (Siebente, verkurzte Auflage, 99 p. en 8°. Volumen III de la colección Dichter und Rebellen), Verlag Der Syndikalist, Berlín, 1925.

La colección de poesías de Mackay, *Sturm*, llegó a nuestras manos antes de poder leerla y comprender todo su valor. Era un libro favorito de Kurt Wilckens y fué él quien nos atrajo la atención sobre ese pequeño volumen. Desde la prisión nos ha pedido varios ejemplares que quería repartir entre los alemanes simpatizantes de nuestras ideas. Mackay es el famoso autor de la biblia individualista "*Los anarquistas*" el admirador y descubridor de Max Stirner, cuya biografía escribió y cuyos escritos recogió y comentó. Existe en alemán una colección de obras suyas en 8 volúmenes, que no cuenta ni la biografía de Stirner ni el libro más reciente *Der Freiheitsucher*. Indudablemente, Mackay es un escritor de fibra, fecundo y capaz de sostener su tesis filosófica. Pero de todas sus obras, la que se leerá durante muchísimos años, la que no agotará el interés de las nuevas generaciones, es su colección de poesías *Sturm* (Tempestad). Se revela también aquí el Mackay stirneriano, pero la belleza poética lo hace atractivo y no es sin razón que la juventud anarquista alemana recita con placer sus producciones, lo mismo que las de Mühsam, otro poeta anarquista de talla.

He aquí algunos de los títulos de las poesías, que contienen una exposición de las ideas revolucionarias: Modos de lucha, Fronteras, Patria, Independencia, Estado, Anarquía, Partido, Señores y esclavos, Trabajo, Leyes, Ateísmo, Comunismo, Amor Libre, Presente y futuro, Libertad, etc. Están contenidas también en este volumen las enérgicas vibraciones escritas con motivo de la prisión y la muerte de los mártires de Chicago y el famoso diálogo *El viejo y el joven*. Mackay sabe asociar su talento poético a la exposición de sus ideas anarquistas; no es el suyo el arte puro y, gracias a eso, sus poesías perdurarán. El arte por el arte es la fórmula más pobre que se haya podido concebir; el arte por el arte, es el arte separado de la vida.

Nuestros camaradas de la editorial Der Syndicalist acaban de hacer una nueva edición de *Sturm*, la séptima, lo que prueba que ese libro, cuya primera edición es de 1888, conserva un valor efectivo.

D. A. de S.

Tras rejas y alambre de pua

El camarada Rudolf Rocker acaba de publicar en un volumen de más de 300 páginas, sus memorias de la prisión durante la guerra: un interesante capítulo de la catástrofe mundial, olvidado de muchos historiadores, sobre la vida de los "extranjeros enemigos" en los campos de concentración. Transcribimos el primer capítulo de ese libro como una muestra del valor de su contenido, digno de leerse.

Era la víspera de la gran guerra de los pueblos. Un sentimiento opresivo acampaba sobre Londres y alcanzaba a todos los habitantes de la ciudad gigante en su tenebroso anatema. Sólo un problema preocupaba a los hombres, el pavoroso problema: ¿Vendrá o no vendrá la guerra? Se esperaba que se produciría un apaciguamiento de la situación, pues la guerra mundial había sido profetizada muy a menudo durante los últimos veinte años y había sido desviada por la evolución de las cosas. Pero cuando el primer tronar de los cañones en el continente puso fin a todas las ilusiones y los ejércitos alemanes se dispusieron a penetrar en Bélgica sin consideración alguna al "pedazo de papel" en que había sido expuesta solemnemente la neutralidad del pequeño Estado, se promovió el grave asunto: ¿Participará Inglaterra en la guerra o sabra asegurar también en este caso su neutralidad?

A pesar de la campaña sistemática de la prensa amarilla, que fué secundada poderosamente en sus ataques desmesurados por prominentes socialistas como Hyndman y Blatchford, en las grandes masas del pueblo inglés la opinión se manifestaba predominantemente por la conservación de la paz y fué fortalecida aún por la terrible noticia del asesinato del socialista francés Jean Jaurés en París. Jaurés cayó, por decirlo así, como la primera víctima del chauvinismo elevado a la locura, y la muerte de ese hombre noble y meritorio debía obrar como una amenazadora exhortación en la última hora.

El domingo 2 de agosto se celebró en Trafalgar Square un gran mitin contra la guerra, convocado por el Independent Labor Party y apoyado por otros grupos socialistas y por organizaciones sindicales. Aunque algunos patriotas belicosos, que se habían reunido en grupos, hicieron dos veces el ensayo de disolver la reunión, el mitin transcurrió de una manera pacífica y sin serios incidentes.

Después del mitin encontré en Trafalgar Square a los compañeros Tcherkesoff y Tarrida del Mármol. Ambos estaban conmovidos y temían lo peor. Tarrida me preguntó si no pensaba que la socialdemocracia alemana se decidiría en último instante a una acción seria contra el gobierno, pues el partido había demostrado hacía poco, mediante centenares de mitines de protesta en todo el país, que no tenía el propósito de fomentar de modo alguno la guerra. Le respondí que, según mi opinión, esos mitines habían sido únicamente actos teatrales y que el partido socialdemócrata no se animaría nunca a una acción efectiva contra la guerra, tanto más cuanto que el proletariado alemán no había sido jamás preparado y educado para tales acciones. "En el mejor de los casos, la fracción socialdemócrata del Reichstag votará contra los créditos de guerra, pero aún eso es problemático", — dije yo.

"Si es así — observó nuestro camarada español — entonces lo fatal es inevitable. Una solución revolucionaria del problema sería posible hoy solamente mediante la iniciativa de la clase obrera alemana, pues debido a la violación de Bélgica la socialdemocracia está comprometida formalmente a una acción." Yo no moví los labios y callé. Y sin embargo no tenía entonces la menor sospecha de que mis peores previsiones debían ser con mucho superadas.

Tcherkesoff observó que la situación general aparecía más complicada por el hecho de que Rusia luchaba al lado de Francia. Por esa circunstancia la consigna: ¡A un lado la democracia! a otro lado la reacción!" recibía — según él — un gustillo característico que debía provocar la desconfianza. Yo debí asentir, pero observé que bajo las circunstancias dadas Alemania representaba un peligro mayor que Rusia. —"Alemania, dije, se ha desarrollado bajo el influjo opresivo de Prusia a la calidad de Estado *par excellence*, pues consiguió, mediante una educación militar sistemática, dar una nota determinada a toda la vida cerebral y sensitiva del pueblo. Los alemanes de hoy no son los alemanes de ayer. No es en los grandes ejércitos en donde se agota la verdadera esencia del militarismo. El militarismo supone una mentalidad especial; es el ensayo sistemático para extirpar en los hombres toda iniciativa personal y todo sentimiento individual de responsabilidad, para sustituir toda convicción interior por la ciega obediencia de cadáver y para hacer de un ser de carne y hueso un inanimado autómata que reacciona ciegamente a toda orden de arriba. Una mentalidad creada artificialmente de ese modo, no sólo es un peligro para la evolución social de Alemania, sino también para todo el porvenir de Europa. Esto lo reconocieron hace mucho los mejores espíritus en mi país."

Nos retiramos hondamente conmovidos, cada cual con la tenaz preocupación por el próximo futuro. Yo estaba firmemente convencido de que Inglaterra tomaría parte en la guerra, aunque la prensa liberal defendía aun el punto de vista de la neutralidad. Dos días después del mitin de Trafalgar Square se produjo la declaración de guerra de Inglaterra a Alemania. La suerte estaba echada; nadie pudo prever las espantosas consecuencias que resultarían de esa situación bruscamente creada.

Unos días después, cuando pasé de nuevo en compañía de mi compañera por Trafalgar Square, vimos las primeras tropas destinadas al continente marchar a la estación Waterloo. Era una larga procesión de hombres sanos y fuertes que iban hacia un destino desconocido. En sus semblantes había una sombría gravedad. A ambas partes de la calle estaban densas masas humanas y miraban sin decir palabra a los que marchaban. De repente apare-

cieron por la parte de Charing Cross dos autos descubiertos, engalanados de arriba a abajo con Union Jacks y se abrieron lentamente camino hacia la parte sur del Square. Seis o siete señores bien vestidos que ocupaban los coches, se levantaron de sus asientos al ver el desfile de los soldados, agitaron pequeñas banderas e intentaron incitar a la concurrencia a entonar el "Rule Britania". Pero la acción de esas gentes no halló eco alguno en los millares de personas que se habían congregado para dar a los soldados un mudo acompañamiento, y el himno se extinguió en sus labios a las primeras palabras. No supieron ellos mismos lo que les había sucedido, y abandonaren precipitadamente la plaza. Y el mismo lúgubre silencio continuó, no oyéndose más que el paso acompasado de los pesados zapatos de los soldados al golpear el pavimento. Un raro rumor, que me

— ... —

Palabras de ayer

(*Del mitin de los anarquistas en Londres. Holborn Town Hall, 27 de julio de* 1896).

Errico Malatesta: El que tenía aun ilusiones sobre los sentimientos de justicia y de libertad de los social-demócratas, las perderá a causa de su comportamiento en el congreso, por su manera innoble de oprimir todas las opiniones aparte de las oficiales. Esas gentes, si llegasen desgraciadamente al poder, serían peor que la burguesía.

Ya que aquí no tenemos ni la campanilla ni los policías de la S. D. F., como en el llamado congreso, quiero exponer brevemente el punto de vista que defendemos en el mismo.

Se sostiene que no somos socialistas, que no queremos ninguna organización, que somos adversarios de la lucha política. ¡Compañeros!, esas son tres mentiras.

¿Somos socialistas nosotros o es Deville (uno de los marxistas franceses ortodoxos), que defendía hace poco la legitimidad de la propiedad privada; lo somos, queriendo como queremos una sociedad de fraternidad y de verdadera solidaridad, por ser comunistas — o lo son aquellos que se pronuncian por un nuevo sistema de salario, que eterniza la concurrencia, la rivalidad, el odio entre los hombres como fundamento de la sociedad? ¿Quiénes son socialistas?

¿Quién combate los sindicatos? — ¿nosotros o ellos? En el congreso de Florencia, a comienzos de julio, el partido obrero italiano aprobó una resolución para aceptar sólo sociedades electorales y no sindicatos.

Ellos no quieren esas organizaciones porque quieren un gobierno, y un gobierno sólo puede existir cuando el pueblo no puede obtener sus fines por sí mismo.

Un pueblo organizado puede atender sus necesidades por sí mismo y no necesita gobierno alguno. Por consiguiente los gobiernos necesitan siempre la desorganización de las masas, su aislamiento a fin de poderlas oprimir y lo mismo que hacen los gobiernos, hacen aquellos que quieren formar los gobiernos del futuro en el movimiento obrero.

Tratan de desorganizar el movimiento obrero para poderlo comandar, porque no podrían hacer esto si los obreros están organizados.

En Francia, en Inglaterra los trabajadores están organizados. Aquí no tienen valor para descubrir sus verdaderos fines. Pero en otros países quieren hacer obligatorio el parlamentarismo.

Nosotros no queremos ninguna lucha política — dicen ellos. ¿Qué significa eso? Si significa que unos se subordinen a los otros, no la queremos; pero significa lucha contra el gobierno. No se puede oponer uno a la propiedad sin tropezar en esa vía con los gendarmes. Justamente por eso somos enemigos de todos los gobiernos, incluso de los de la social-democracia. Los gendarmes de la república francesa o los de Jaurés, Bebel y Liebknecht son y permanecen gendarmes. El que dispone de ese poder, puede oprimir siempre al proletariado; por eso no queremos dar ese poder a nadie — ni a los social-demócratas ni a nosotros mismos, porque nosotros mismos en tal situación tendríamos que ser canallas.

Hace 20 años eran, Brousse, Guesde y muchas de esas gentes, anarquistas — pero quisieron probar el poder y se corrompieron. Se convirtieron en aspirantes al gobierno, en aspirantes a la política.

¡Emancipaos vosotros mismos por la organización de vuestras propias fuerzas y seréis libres! Pero si esperáis la liberación de algún gobierno — sea de burgueses caritativos o de social-demócratas — estaréis siempre perdidos.

recordó involuntariamente el bronco choque de terrones húmedos en las delgadas tablas de un sarcófago.

Para mí comenzó un período de graves depresiones espirituales. Preví claramente que el abnegado trabajo de muchos años, había sido entregado a la descomposición. El movimiento obrero socialista había fallado miserablemente, fallado en una hora en que estaba completamente en sus manos la responsabilidad por el próximo futuro de Europa. Los pomposos discursos y las resoluciones de los congresos internacionales, habían sido sólo sonidos y humo, fuegos de artificio, incapaces de despertar una chispa de resistencia en las masas. Todos los lugares comunes de la fraternización de los pueblos y de la solidaridad internacional habían perdido repentinamente toda significación frente a esa espantosa realidad en que habíamos penetrado.

Sentí el ímpetu aplastador de ese golpe gravitar pesadamente en mi alma. Así debe sucederle a un hombre ante cuyos ojos cae en ruinas un mundo. Las amargas palabras de Alejandro Herzen, penetradas de muda desesperación, venían sin cesar a mi memoria: "No habéis querido el socialismo, bien, tendréis la guerra". Y ahora la teníamos en sus perspectivas más terribles e insospechadas.

A pesar de todo hubo muy pocos al principio que comprendieron justamente la gravedad de la situación. La mayoría se entregaba a la loca esperanza de que la guerra tendría una corta duración. Se exponían todas las razones imaginables para demostrar la exactitud de esa opinión. Ante todo se apoyaban en los efectos formidables de las modernas armas de fuego y de las substancias explosivas, así como en las formidables exigencias que una guerra moderna presenta a las fuerzas financieras y productoras de las naciones. Y se estaba seguro de que ningún país estaba en situación de soportar a la larga una carga semejante sobre sus capacidades materiales. Lo que yo pensaba personalmente sobre la situación se desprende de un artículo que publiqué el 7 de agosto de 1914 en el semanario redactado por mí y del cual tomo el pasaje siguiente:

"Los trabajadores eran la única clase que podía impedir ese terrible retroceso a un período de la más sangrienta barbarie. Pero desconocieron el peligro que implicaba y desmenuzaron sus fuerzas en mil nimiedades en un tiempo en que los reyes de la bolsa mundial y los falsos monederos de la opinión pública trabajaban a alta presión para llevar Europa a la ruina. Una poderosa manifestación del proletariado internacional antes de estallar la guerra inspirada por la firme e inconfundible voluntad de emplear todos los medios revolucionarios que están a disposición de la clase obrera para contrarrestar los tenebrosos planes de los políticos imperialistas sanguinarios habría podido salvar al mundo de la catástrofe. Pero es ya tarde. Europa está ya en la vía de la locura roja y el proletariado de los países beligerantes será disciplinado con escorpiones a causa de su desprecaución y de su cobarde irresolución en una hora en que podía ser salvado todo. *No se entreme nadie a la falsa ilusión de que esta guerra no durará mucho. Las apuestas son demasiado altas. Es mucho lo que hay en juego. Es una lucha por la soberanía en Europa, en el mundo, y será llevada hasta el fin.* Hemos entrado en una época como jamás fué conocida antes en el mundo por su monstruosidad. Todas las guerras del pasado han sido sólo un juego infantil en comparación con esta horrible danza macabra que verá Europa. Nadie sabe lo que nos espera. Aquellos de nosotros que sobrevivan a esta época de la locura desencadenada y de la muerte roja, podrán contar cosas jamás escuchadas por oídos humanos. Y tal vez se envidie algún día a los caídos, cuyos miembros deshechos abonarán los campos de Europa, pues la muerte los libertó de los horrorosos recuerdos de aquellos cuadros infernales que gravitarán como una formidable montaña alpina en el alma de los sobrevivientes".

Algunas semanas después de la declaración de guerra comenzó el registro de los llamados "extranjeros enemigos" (alien enemies). La prensa amarilla había forzado formalmente al gobierno a tomar algunas medidas. Hojas de la categoría del *Daily Mail, Evening News, John Bull, Daily Express*, etc., se superaban recíprocamente en grotescos descubrimientos y en increíbles sospechas sobre los alemanes residentes en el país, de los cuales la mayor parte pertenecían a la clase obrera. Se descubrían por doquiera espías alemanes y complots peligrosos. Se supo informar de panaderos alemanes que habrían amasado pan con arsénico, o se reveló a los pobres lectores de diarios una terrible conspiración de los alemanes residentes en Inglaterra para envenenar las aguas corrientes de Londres. Un día pudo leerse en todos los diarios que la perspicacia de la policía había logrado descubrir en un club alemán todo un depósito de armas. En realidad, no se trataba esta vez sólo de un descubrimiento ordinario debido a la pluma de un salteador de la prensa. Había llegado efectivamente a oídos de la policía, que en los locales de la "Communistischen Arbeiter-Bildungsvereins" existía un depósito secreto de armas. La C. A. B. V., de tendencia social-demócrata, era la más vieja organización obrera alemana en Inglaterra. Una parte de sus miembros consistía en refugiados políticos llegados a Londres aun bajo la ley contra los socialistas, y era incomprensible que justamente ese club pudiera caer en tal sospecha. Pero cualquier denuncia anónima bastaba entonces para poner en movimiento el brazo de la ley. Así apareció un día la policía dispuesta a emprender una detenida investigación en los locales de la C. A. B. V. Se encontraron en esa ocasión, en efecto, cuatro o cinco fusiles, que ciertamente no tenían gatillo y, según toda su apariencia, podían proceder muy bien del tiempo de la guerra de los treinta años. La C. A. B. V. poseía un pequeño escenario, y los "instrumentos de muerte" encontrados pertenecían a los utensilios del teatro de la sociedad. Los agentes secretos tuvieron que reirse cuando vieron sus hallazgos. Pero ese ridículo asunto dió a la prensa patriótica material para narrar a sus lectores la historia del hallazgo misterioso de un depósito alemán de armas en el corazón de Londres, y eso bastaba.

Ese envenenamiento sistemático de la opinión pública no dejó de producir sus frutos. La población fué formalmente entregada al pánico. Se vieron espectros en pleno día. La desconfianza general asumió algunas veces formas grotescas y creció paulatinamente una verdadera opinión progromista. Por los llamativos títulos de las hojas amarillas: "Watch your German neighbour!", se sintió comprometida la limitada razón del filisteo del término medio a contribuir también con su parte para proteger al país de la fatalidad amenazadora. El gobierno se vió, pues, en la necesidad de tomar medidas para acallar la "voz del pueblo". El registro de los "extranjeros enemigos" fué el primer paso. Todo alemán y todo austriaco estaban comprometidos a inscribirse en la policía del distrito en que habitaban y a llevar dos fotografías para ese fin. Con eso recibían una especie de pasaporte que contenía una filiación exacta y el retrato de su propietario y que debía servirle de legitimación ante los órganos policiales. Al mismo tiempo se prohibió a todos los "extranjeros enemigos" la posesión de autos, de aeroplanos, de palomas mensajeras, de aparatos telegráficos y telefónicos y, naturalmente, de armas. Además se les limitó la libertad de movimiento a cinco millas en torno a su domicilio.

Ese fué el comienzo; yo sentí en seguida que pronto vendría lo más serio. Como se pudo prever, la prensa amarilla no se dió por contenta con las medidas adoptadas por el gobierno. Al contrario, veía en la tibieza del ministerio liberal sólo el primer éxito de su funesta campaña y su demanda sonó cada vez más amenazadora y fuerte: "Intern them all!" Sentí instintivamente que los días de mi libertad estaban contados y adopté todos los preparativos que me parecieron necesarios. Desde hacía algunos años era tesorero internacional de la "Cruz roja anarquista", cuya misión era enviar de tanto en tanto algunos socorros materiales a los camaradas presos en las prisiones de Rusia y de Siberia para hacer algo más soportable su triste situación. Una gran suma de dinero estaba aún a mi nombre en un banco y estaba próximo el peligro de que ese dinero pudiera ser confiscado, al arrestárseme, por el gobierno inglés. Retiré, pues, el dinero y lo entregué a mi amigo Schapiro, el secretario de nuestro comité. Por lo demás, había que procurar que nuestro periódico, en caso de que yo fuera arrestado, pudiera aparecer sin mí, pues estábamos firmemente decididos a no abandonar voluntariamente el campo de la lucha y a ceder sólo a la violencia brutal, contra la cual éramos impotentes.

Una magnífica solidaridad se advirtió entonces en nuestras filas. Parecía como si la gravedad de la hora y el peligro amenazador que nos circundaba incesantemente, hubieran soldado más firmemente a unos camaradas con otros. Algunos compañeros que desde hacía muchos años no habían vuelto a tomar ninguna parte activa o directa en el movimiento, reaparecieron de repente en nuestras filas y se pusieron al servicio de la causa común. Esto era tanto más significativo cuanto que una pequeña parte de nuestros viejos camaradas, entre ellos hombres como Kropotkin y Tcherkesoff, habían adoptado una posición con respecto a la situación creada por la guerra, que los compañeros de nuestro círculo íntimo no podían aprobar bajo ningún concepto. Hablo del círculo íntimo, pues la gran mayoría de los camaradas no conocían aún el punto de vista de Kropotkin, que no lo había hecho público todavía.

R U D O L F R O C K E R

(*Concluirá*).

ALVARO YUNQUE

B A R R E T T

*

Barrett articulista se halla diseminado en *Ideas y Críticas* — libro que también contiene crónicas — y en *El Dolor Paraguayo* — en el que hay crónicas y conferencias. Sus artículos podrían agruparse en Revolucionarios y Meditativos. En aquéllos pasan los hombres, en éstos se estudia al hombre. En aquéllos se vé al luchador que había en Barrett, en éstos su actitud más serena, es la del pensador. Y si allá es fuerte, optimista y estimulante; aquí solo varía en la actitud, porque es estimulante, optimista y fuerte. Así era su espíritu; y él — cualidad prócera — se halla siempre iluminando aun sus páginas más insignificantes.

*

Como conferencista, Barrett es siempre un hombre de lucha. Ahí están en *El Dolor Paraguayo*: *La tierra, La huelga, El problema sexual* — admirabilísimo! — Conferencias dadas a los obreros paraguayos.

*

Como cronista se le halla en *Ideas y Críticas*, en *El Dolor Paraguayo* y en *Moralidades Actuales*. Sabida es su moralidad: del hecho más nimio, más vulgar, razonando, llega a conclusiones generales e inesperadas, por lo hondas. Porque si como artista tuvo el dón de sintetizar, como pensador tuvo el de generalizar. Agudo de inteligencia y sensible de corazón, mete aquélla en el resquicio que le da un insignificante hecho cotidiano y luego es su sensibilidad meravillosa la encargada de hacer caliente obra de arte lo que pudo ser fría crónica periodística. Por esta modalidad suya de extraer conclusiones generales y profundas del acotencimiento más vulgar aparentemente, es el antípoda del "croniquer". El "croniquer", entidad literaria nacida en el tonto y sonado bulevar parisiense, es una especie de aparato que hace lo opuesto de Barrett: trivializa hasta lo más trágico. En la India, millones de hombres se sienten oprimidos y, a su quejumbre, un santo, Gandhi, yergue su voz apostólica y proclama la revolución pacífica, la no cooperación. Bien, a este hecho trascendental, todos los "croniquers" de todos los diarios grandes, lo trivializaron en tal forma que de esa revolución sin precedentes, y de su apóstol, hicieron un sonriente comentario.

Esa revolución religiosa, apareció como un vulgar motín y ese iluminado como un caudillo, tal vez como un ambicioso. Si no es por Romain Rolland, el occidente no hubiera sabido la verdad. El "croniquer" escribe para que el lector de su diario, después de comer copiosamente, se acueste a coger el sueño con su crónica. ¡Hay que sonreír en ésta, pues! El rugido de odio, el llanto de dolor podrían desvelar al marchante. "Croniquer" y tilingo son sinónimos. Es una especie de lacayo que escribe en tonto porque se le paga para que escriba en tonto; es imprescindible llenar las veinte páginas de un diario grande. ¿Se las va a llenar de ideas, acaso? El "croniquer" es el profesional de la sonrisa y la genuflexión. Ahí está ese desesperante Gómez Carrillo para muestra; y "para muestra basta un botón" — dice el refrán —: Este es un botón de librea.

*

A Barrett, crítico, se lo halla en *Al Margen*. El artista que, con cuanto mayor generosidad, admira lo bueno de la obra ajena y lo proclama; así podrá producirlo en la propia. La facultad de admiración, se halla en razón directa de la de crear. Barrett es un gran admirativo: Rodín, Ferrán, Gorki, La Biblia, Almafuerte, Cuore, Tolstoy — a cuya muerte heroica le dedica una página estupenda — son los hombres y las obras de su culto de admiración. Y ésta lo obliga a atacar los simuladores del arte; su estocada es certera y a fondo. Pulveriza un libro: "Lunario Sentimental" de Lugones o a un autor: Vargas Vila; esto cuando llovían las loas sobre aquel libro y este autor. Su actitud de independencia personal, de hombre de acción, la llevó a la crítica y, con ese dón de síntesis tan suyo, dos páginas le sobran para decir todo lo que se debe decir sobre un libro muy bueno. Sin embargo, flaquea a veces. La amistad le hace escribir lo que, seguramente, no sentiría: sus elogios sobre Delmira Agustini, poetisa bajamente sensual, o sobre Angel Falco, verborreico declamador; no suenan a veraces.

*

El Terror Argentino y *Lo que son los Yerbales*; son dos panfletos punzantes y llameantes. Pocas veces se habrá dicho la verdad con tanto valor, pocas veces un hombre habrá volcado tanta indignación como la que Barrett volcara en ellos. Moralmente, esos panfletos hieren y arrasan. Mal salen de ahí los opresores argentinos y paraguayos. *El Terror Argentino* muestra lo que fué la mascarada trágica del centenario de 1910, la que ensangrentó con sangre obrera las calles de la urbe, embanderada para festejar el centenario de la libertad de un pueblo! *Lo que son los Yerbales*, muestra el latrocinio y la barbarie impune allí, a algunos pocos kilómetros de "nuestros centros de civilización". La lectura del panfleto horroriza; y uno y otro son documentos palpitantes de esto: La civilización occidental, la civilización del capitalismo; no es, en rigor, una civilización. Le falta sensibilidad para que lo sea. Todo en ella es intelectualismo, un intelectualismo egoísta y cobarde que concluye por ponerse al servicio de la fuerza y se hace instrumento de opresión. Ciencia y arte en esta civilidad sin cultura — leer *Lo que debe hacerse* de Tolstoy — sirven para que, apoyándose en ellas, invente increíbles máquinas de guerra y las haga objeto de culto patriótico. Ciencia y arte son dos lujosos lacayos que se genuflexan ante el poder y el dinero. Y hallar un artista y pensador como Barrett, pronto a la acción, rebelde y veraz, pluma y voz siempre dispuestas contra la injusticia; es un hecho insólito dentro del capitalismo decadente. Es un caso de manicomio — dirán sus siquiatras — y más de manicomio, si este hombre que va contra el poder y el dinero; se echa sollozante de piedad, a compartir el dolor de los parias que la injusticia y la crueldad han convertido en andrajos de carne y hueso que trabajan para no morir de hambre y frío. Y con su trabajo producir la riqueza y el poder que los vejan y oprimen!

*

Cuentos Breves y *Diálogos y Conversaciones*, son libros en que Barrett complementa su genial figura, aún demasiado

oscurecida. Mejor, no oscurecida, puesto que es viva luz, sino cubierta por vidrios opacos de retóricos. *Cuentos Breves y Diálogos y Conversaciones*, nos dicen qué cuentista, tal vez qué dramaturgo llevaba en sí el gran malogrado que fué Barrett. Toda su obra, la que vivirá más, da la idea de que son los fragmentos de una obra perdida. Hay en ella unidad ideológica, falta unidad contextural. Estos diálogos y cuentos son anuncios, pedazos de cielo entre nubarrones grises, música que parece venir de muy lejos y a la que el viento interrumpe. Barrett murió muy joven, vivió a saltos, precipitadamente; y su obra ha de resentirse de ello. ¡Más pensad en lo que hubiese realizado sano y fuerte, con ochenta años de vida; él que, tísico y débil, tronchado en la juventud, ha vencido a la muerte!

En los cuentos como en los diálogos, Barrett es más sutil que en sus artículos; su satírica agresividad, se hace piadosa ironía; su rugido se torna sonrisa. Es más delicado, pero no es menos vigoroso y lleva siempre un fin de profilaxis social. Hay cosas aquí, por las que France, Dickens y Cervantes se pondrían de pie para cogerlas y apropiárselas. Hay humor e ironía, piedad y ternura, gracia y belleza. Obras maestras son cuentos como *El regalo de Año Nuevo* o *El Maestro* o *La Cartera* y diálogos como *El Orden* o *La Patria*, o *Teoría del Honor y del Insulto*.

*

Barrett, a la par que es un pensador inquietante, es un maravilloso artista. Y este es el secreto de su personalidad siempre renovada. El artista es un animador de ideas. Barrett dice y sabe decir; cierto es que quien dice algo nuevo, siempre lo dice bellamente. Decir bien, es saber decir. Pensamientos e imágenes saltan en su prosa clara y limpia, dándole sabor y coloreándola. Formas figuradas, elipses, modos de decir solo suyos; nos revelan al artista instintivo, al que su prosa culta le viene de las entrañas, como a un manzano le vienen sus frutos desde las raíces y como de las entrañas le viene su verso inspirado al anónimo cantor del pueblo, ya sea éste coplero andaluz o payador pampeano. De ahí de donde mana la soleá o la vidalita, mana este "cuento breve", o aquella "moralidad" de Barrett. Su musa es popular, quiero decir, sincera en el sentimiento, honrada en el pensar; breve, clara y sencilla en la expresión. El cantor anónimo del pueblo, en las cuatro líneas de una copla, deja su vida; así la dejó Barrett en las cuatro líneas de un pensamiento suyo. A la ventura, podríamos hacer una profusa cosecha de imágenes dignas de un gran poeta y pensamientos dignos de un gran filósofo:

"El sabio que calla, nos roba", "Vejez, máscara siniestra de la muerte"!, "La dinamita aúlla"... "¿Para qué abrir los cráneos, si la idea, como una ave invisible, se escapa y vuela hacia los cráneos vivos?" "La transparencia delicada del genio es como la del cristal, hija del fuego que ilumina y destruye", "El diploma de médico es el salvo conducto del asesinato", "La vida elástica devuelve mal por mal", "El ladrón es un financista impaciente", "Las mariposas hechas de seda impalpable y las libélulas cuajadas de diamantes sutiles son sonrisas fugaces de la naturaleza. Al pasar nos prometen dicha", "La curiosidad es el hambre del espíritu. Ni los anémicos tienen hambre, ni curiosidad los idiotas", "Creer es crear".. ¡Y cuántos más! ¡Si a centenares se podrían recolectar sus pensamientos y metáforas en ese pedazo de naturaleza fructificada y florida que es su obra de pensador y de artista!

¿Y el estilo? Lo primero que le hallamos es la falta de énfasis, de grandilocuencia castellana. Barrett es un hombre humilde, sabe demasiado para no serlo; y la sabiduría es el ácido que devora la grandilocuencia. No es grandilocuente; pero es vigoroso y ágil. No hay que confundir estilo vigoroso con estilo hinchado. Vigor no es énfasis. No hay que confundir hombre robusto con hombre gordo. El vigor es músculo: ideas; el énfasis es crasitud: palabras. En el estilo hinchado las fofas palabras ocupan más lugar que las ideas, ricas en sugestiones; en el hombre gordo, la anémica grasa ocupa más sitio que el músculo, de más rica sangre. Hay literatos que se parecen a esos niños precoces que, con énfasis de grandes, dicen cosas pueriles. La técnica de Barrett es precisamente lo opuesto: pone el mayor número de ideas en el menor número de palabras. Y de esta falta de énfasis, de grandilocuencia castellana, resultan dos cualidades de su estilo: la brevedad y la sencillez. ¡La preciada sencillez que es al estilo lo que el valor es al carácter!

Además de breve y sencillo, es claro. En arte, se considera a la claridad como una de las virtudes propias de algunos temperamentos; y en arte, o existe claridad o no existe arte. Porque el arte, cuya misión es la de sensibilizar al mayor número de hombres posible, si no se expresa con claridad, defrauda su misión. La claridad del estilo ilumina la profundidad del pensamiento, a modo de un rayo de sol que, filtrándose entre las hojas de un boscaje, descubriera la magia de una corola o el milagro de un fruto. La luz de las imágenes debe ser ese rayo solar descubridor de sentimientos e ideas.

Por ser así sencillo, claro y breve; el sustantivo, en Barrett, es como un clavo que solo espera el martillazo certero que ha de hundirle: este es el adjetivo.

*

¿Y cuál es la enseñanza del Maestro? Es una enseñanza de amor a la vida. Barrett admira y ama mucho, también odia, odia denodadamente; pero no odia por odiar. Odia mucho, sólo porque ama mucho. Odia a los opresores, porque ama a los oprimidos del mundo entero. Su amor no conoce fronteras; tanto no las conoce que continuamente se sale de sí para echarse sobre los otros, hecho una ascua de misericordia. El telégrafo trae la escueta noticia de que allá, en el fondo del Africa, se ha cometido un acto injusto; y Barrett vibra como si lo hubiese visto cometer, vibra de amor por el que padeciera esa injusticia y, de rechazo, vibra de odio contra el que la cometiera. El dijo: "Mis nervios se prolongan en el telégrafo". Muchas de sus "moralidades" quedarán como documentos de ésta época bárbara en que la ciencia civilizadora e insensible — y por esto quizás civilizadora sin proponérselo — descubre el radio e inventa las bombas submarinas.

Entre el hombre grande y el que no lo es, hay esta diferencia: el uno hace odio su dolor personal y el otro, el hombre grande, lo hace amor. Barrett es un grande. El sufrió mucho, y fué todo amor todo amor porque su odio es una forma de amor. ¿Que Jesús, Francisco de Asís, Tolstoy o Gandhi son más grandes que él? Sí, ya que ellos no necesitaron odiar al malo para amar al bueno. Mas aunque Barrett no alcanzara esta excelsitud, es un grande. El pequeño odia haciéndose escéptico o pesimista; el odio de Barrett es optimismo y fe. Y por ello es un Maestro, por la fuerza vital que nos transmite. Sólo enseña el energético, porque sólo él nos da lecciones de amor a la vida, que es lo que hace la naturaleza. Barrett ama a un Tolstoy o a un Rodin, pero más que a ellos ama a la humanidad. Es optimista porque cree en el porvenir de esa humanidad a la que ve tan perversa y tan desventurada. En todo escéptico, hay un idealista con las alas rotas; en todo estéril, hay un creador con las manos paralíticas. Y el escéptico no es más que un cínico resignado a su esterilidad. No sé cómo haya quien crea que un escéptico pueda merecer el nombre de Maestro, sinónimo de fecundidad, sembrador de porvenir. Si France se hubiera quedado en el escéptico roedor de sus primeras obras, no sería considerado un Maestro. Barrett afirma, y el pueblo, afirmativo de por sí, va hacia él, porque intuye que quien afirma cree en el pueblo y cree porque lo ama. Inútiles son todas las manifestaciones que haga un artista de su amor al pueblo, si éste no aparece en sus obras. En las obras de un artista, están sus amores — o sus odios, que el odio es amor indignado — o ese hombre no es artista. Hoy, la democracia está de moda. Ya hay muchos habilidosos que saben que hay que ser bolchevique, por lo menos. (¿Cómo llegar a diputados en otra forma, sin perjudicar su *avanzada* inteligencia?) Y los tales que, hablando, son dinamita verbalizada, escribiendo, se van a París, a desempolvar marquesas más o menos prostitutas o a Venecia, a hacernos creer que sus sucios canales no han tomado mal color. ¡Literatura, mentira! Barrett es el menos literato de todos los escritores; en él, la letra, el garabato negro sobre el papel, tiene tan poca importancia que a veces nos pareciera hallarnos con el pensamiento o la emoción vivos, con forma y color propios, no transmitidos al través de letras. Se le comienza a leer, y nos le entregamos, porque a las primeras palabras despierta la simpatía en nosotros. Y podemos dejarnos llevar por él: es un orientado, es como un río sin cascadas y corre a un fin. Otros escritores también simpáticos, Almafuerte por ejemplo, son desiguales; llenos de saltos y recodos, los debemos leer alertos a fin de no caer; junto a un sentimiento de solidaridad que lo coloca a la vanguardia, tiene otro sentimiento de troglotida en el que externa vanidad o desprecio para su prójimo. Barrett es uniforme como lo es un caudaloso río; y por ello, como el río, es útil. Sus aguas son navegables. Podemos darnos a él que no tiene esas salidas de tono de los falsos rebeldes — Marinetti, Giovanni Papini, Pío Baroja...—, esos que lo son sólo por impulsos, no son serenados por la meditación. Rara vez suena muy alto su elogio de la violencia como único sistema de emancipar a los esclavos del capitalismo. Profundamente serio en sus artículos meditativos; en los revolucionarios, recorre toda la gama que va del humor al sarcasmo; y es humorista, ironista y satírico. Por unos y otros nos fuerza a amarle como se ama a los Maestros. Nos enseña: No busques la admiración, búsqueda tan común en los brillantes artífices que ha producido el profesionalismo del arte; glosa a Jesús y dí: Deja que la admiración te llegue por sí sóla. Trabaja obstinadamente; y ella vendrá. Te la ha de traer el entusiasmo que es sincero y puro como un niño.

Mas cuando llega así, la admiración es amor. El arte de un verdadero artista, se diferencia del que no lo es, en que el de aquél es amorosamente subyugante. Un artífice de gran cerebro — un Baudelaire, un Heredia — puede convencernos hasta admirarle; mas nunca forzarnos a amarle.

Como sucede con todos los innovadores, Barret será un clásico. Todavía halla demasiadas resistencias para que se le considere así. Un escritor es clásico, cuando ya se puede escribir sobre él sin irritar (irritar, no indignar) a nuestros contemporáneos. Y cuanto más vale un escritor, más tarda en convertirse en clásico. Mucho tiempo ha de pasar aún para que la obra de este estilista admirable, pueda correr entre los estultos rebaños de hombres, sin levantar tormentas de negaciones y de injurias... Pero Barrett habla a la juventud. Nos caldea de entusiasmo lírico, nos eleva por sobre nosotros y hasta por sobre él mismo. Nos mueve al amor; y, al concluir de leerlo, nos damos cuenta de que no es a él a quien más amamos, sino al Hombre en absoluto, a la Humanidad de la que somos molécula insignificante. Amamos a los millones de seres oscuros, anónimos y lejanos que la forman, los que sufren hoy, para que los venideros sean felices mañana. ¿Cuándo?... ¡Eso qué importa! No le importa a Barrett, optimista fuerte, hombre de fe amasado con auroras. A él bastábale afirmar, creer e ir hacia adelante iluminando dudas con la pupila febril, apartando tinieblas de prejuicios con las manos crispadas. En su hipo postrero, ahogábase de agonía y de esperanza. Esta es su lección más sublime: ¡Aprendámosla, repitámosla!...

De la revista "Terra de Sol", Nro. 5 de Río de Janeiro.

ESBOZO DE HISTORIA DE LAS UTOPIAS

(*Conclusión*)

Hay una gran literatura relativa al *familisterio* de Guisa (Aisne), gran complejo de alojamientos obreros y de fábricas, fundado por uno de los retoños del fourierismo, J. B. André Godin, sobre la base de la participación en los beneficios, especie de fábrica modelo, descrita en otro tiempo algunas veces por los socialistas cooperadores, esa fué la utopía viviente de los años 1860-1870; su periódico y su revista *Le Devoir, Solutions sociales*, por Godin, 1871,III, 664 págs. es la exposición principal de esas ideas. Es imposible seguir los proyectos y realizaciones de la participación en los beneficios, a menudo revestidos de aspectos un poco utópicos; el periódico *Labour Copartnership*, de Londres, a partir de 1894, es una de las crónicas de ese movimiento.

Es imposible también registrar las colonias socialistas más recientes. El periódico *The Llano Colonist*, de Leesville, Lousiana, aparece desde hace 8 ó 9 años y relata muchos de esos movimientos, los más libertarios de los cuales son recordados en *l'en dehors* de Orleans.

Anatole France ha descripto un *Paris en 2270* en *Sur la Pierre blanche*, pero su escepticismo lo detiene en fantasías satíricas como *La isla de los pingüinos* y en ideas originales como *La Rebelión de los Angeles*.

Una utopía de una dictadura individualista es *La Revolution du 4 septembre 19...* (París, 1921, XXIX, 259 págs) por H. L. Follin, uno de los principales autores de ese individualismo rígidamente burgués, tan extraño al individualismo social que sumariza y ejemplifica el libro de E. Armand, *L'Initiation individualiste anarchiste*, 1923.

Hay aún esbozos de la revolución, de actos de rebelión o de conspiración que la prepararían, cuadros de huelgas violentas, de cataclismos sociales. La novela de Luisa Michel, *Le Monde nouveaw* (París, 1889, 356 págs.) está llena de elementos de ese género; en la última página de ese volúmen se ven "cambios singulares en uno de los planetas más próximos. ¿Qué es eso? Son señales, es la Internacional de los globos que comienza... Atención, vamos a responder". — *Les Aubes*, de Verhaeren, obras de Han Ryner y muchos otros libros contienen visiones de luchas sin detenerse en soluciones o proposiciones definitivas.

Paso a los escritos utópicos que están fuera del socialismo y de la anarquía, y que representan concepciones sociales muy diversas, así por ejemplo *Neustria. Utopie individualiste*, por Emile Thirion, París, 1901; — *Enquete sur le monde futur*, por Jean Jullien, 1909; — *Im Damerschein der Zukunft* (traducción del inglés), por R. H. Benson, 1912, una utopía claramente clerical por un sacerdote católico; — *What will Posterity say of us?* (¿Qué dirá el porvenir de nosotros? firmado el *Hermite de Prague*, bajo forma de conferencia en la sala Darwin en 2012, en la gran revista de la ciencia evolucionista, *Bedroock*, Londres, octubre, 1912, págs. 361-70; — *The Coming Day...* (El día que llega, un relato del progreso social e industrial inevitable), por W. T. Burkitt, Londres, 1913; — tres libros del joven autor polaco, muerto en la guerra, cuyas traducciones alemanas son *Auf silbernen Gefilden. Ein Mondroman*, 1914, *Der Sieg* y *Die alte Erde* (no las he leído); — *La societé futura*, por Jean de Laby, 1921 (sin cuadro utópico); — *La Cité idéale ou l'Urbanisme social rational*, por Henri Crozat, 1921, etc.

Cuanto más se entra en este asunto, más se da uno cuenta de que el cuadro ficticio no es más que un accesorio a la utopía, no empleado por muchos autores; vienen entonces los formadores de sistemas, los aislados, y su número es legión. Si se compusiera el catálogo de las ideas emitidas en las utopías, sería preciso agregar las ideas dispersas en esos numerosos libros y más numerosos folletos de teóricos aislados que están a todos los niveles, que tienen todos los matices, como las utopías. Pero omito ese gran grupo; algunos escritos de ese cuadro se han deslizado ya en las listas dadas.

He aquí aun algunos escritos utópicos de países diversos: en Rumania, Braescu ha escrito *Scurta* (una ciudad) *en cien años*, hacia 1890, quizás socialista; — sobre la isla de Jamaica, en 1833, un periódico avanzado, *The Isonomist*, publica un diálogo curioso de una edad futura, reproducido en *The Gautlet*, Londres, del 8 de diciembre de 1833, por su redactor, el radical R. Carlyle; — una utopía en Groenlandia, en la lengua del país, *Singmagtuyag* (El sueño), por el pastor esquimal Mathias Storch, un sueño de re-

formas locales, adaptadas al país, fué mencionada en un periódico danés en 1916; — *A Constitution for the Kingdom of Haven on Earth* (Constitución del reino del cielo en la tierra), aparecida en Melbourne, Australia, en 1923 ó 24; — *Cómo se hizo la revolución o el sueño de un sindicalista*, firmada Pedro Donamaría, es un estudio que reemplaza gran número de artículos de teoría demasiado repletos de repeticiones — porque no se puede encontrar una nueva teoría para cada artículo — en *La Voz del Chauffeur* (Buenos Aires, marzo de 1922), etc. — Algunas veces los anarquistas se han divertido en ridiculizar a los socialdemócratas bajo forma utópica satírica; así hizo Max Baginsky en la *Freiheit* (New York), el 24 de septiembre de 1894, y un inglés en *The Torch* (Londres), en agosto de 1895. No se termine aún con los géneros de la utopía.

Gustave Dupin (Ermenonville) después de la guerra hizo aparecer *Les Robinsons de la Paix* (París, ediciones *Clairté*, 1920, 178 páginas).

Los relatos de viajes imaginarios, etc. se vuelven más y más numerosos y fantásticos. Habría podido mencionar algunas historias por Edgard Allan Poe, como el *Viaje a la luna de Hans Pfaall* (1835); —hay, por ejemplo, *Planetenfeuer*, por Max Hanshorer, 1899; — *Twentieth Century Inventions*... (Invenciones del siglo veinte. Una predicción), por George Sutherland, Londres, 1901; — diversas novelas de J. H. Rosny; — Louis Gastine y León Perrin, *Dans l'Azur*, 1901, novela de aviación, en pro de la paz del cielo; — Louis Gastine, *Enigme dans l'Espace*, 1912; — *The Impregnable City*, por May Pemberton (La ciudad inaccesible, hacia 1900); — *Der Schrecken der Völkern* (El terror de los pueblos), por Edgar Wallace, 1910 y una continuación, que se traslada a uno de los planetas; — *La Ville sans Chef* (La ciudad sin jefe), por Ricciotto Canudo, 1910; — *L'Explosion du Globe*, por Hector Fleischmann; — mas antiguas aún: *A Queer Race*... (una raza singular: la historia de un pueblo extraño), por William Westall, 1892; — *The Last Man in London* (El último hombre en Londres), por Delaval North, 1887, y hasta *Mark's Reef* (El arrecife de Mark, o el Cráter), por J. Fenimore Cooper, etc.

Esas novelas, de género inofensivo en otro tiempo, han adquirido en los años precedentes de la guerra un carácter muy particular: bajo la influencia del militarismo renaciente gradualmente después de su eclipse aparente durante el asunto Dreyfus, de los diversos alertas de guerra, de la aviación y de las posibilidades destructivas, de la sospecha de maquinaciones tenebrosas, esa literatura fantástica ha caído en el juego común de crear una atmósfera de misterio que prepararía los espíritus para esperarlo todo. Entonces intervino esa literatura profanando el cuadro utópico, el de las guerras futuras, con los desmenuzamientos previstos de los países; en suma, una preparación, un adormecimiento de nervios para preparar el mundo a la guerra. Se encuentra esa evolución no desconocible en el teatro, en la gran novela, en los artículos políticos, y el género utópico no le falta. Todo eso lo descuidaron los socialistas y los pacifistas, y lo menospreciaron no creyendo en ello, pero el efecto del envenenamiento gradual no fué menos grande: el mundo no habría sufrido la guerra con esa tranquilidad, con ese fatalismo absoluto, si sus nervios no hubieran sido preparados para el mal por esas inyecciones graduales del veneno homicida y fratricida durante años.

Paso por alto ese período doloroso, y sobre el de la guerra en el cual en Europa y para mí mismo, mi vista fué limitada por las fronteras de un solo país que la post-guerra ha mantenido en parte y perpetuado para mí: Se publicaron después de 1918, en tanto que me es posible investigar — dos géneros de literatura utópica en Europa, según los países victoriosos o vencidos. En los países victoriosos, la utopía se apresura a salir de la Europa arruinada de nuestra generación, vuela hacia regiones completamente lejanas y, que yo sepa al menos, no se preocupa apenas de las cuestiones presentes, de cómo restaurar los pueblos arruinados. En los países vencidos, la utopía está desorientada, desequilibrada, desesperada, se refugia en todos los rincones de una fantasía mórbida; no viendo ninguna salida, produce monstruosidades.

Existe aún este importante factor, la *revolución rusa* y las revoluciones abortadas en Alemania, en Hungría, en Finlandia y, sobre todo, esa Rusia que profesa un socialismo que no es tal y por otra parte todos esos socialistas, socialdemócratas, que no lo son tampoco, pero que llevan aun ese nombre. ¡Si la libertad, la anarquía, el sindicalismo revolucionario levantasen altamente su voz!, pero están debilitados, resignados ellos también — por tanto, aparte de los episodios de violencia, de desesperación, se está ante la nada, y la reacción domina los espíritus. Entonces la utopía es afectada también. Ya no canta, como los pájaros en el invierno. Y lo que se hace oír, es la excentricidad, la ficción malsana. Habrá excepciones, tanto mejor, pero en general el resultado es deplorable.

Cito aquí algunos libros que he visto discutidos, sin haber tenido ocasión de leerlos; por ejemplo: *Die Welt ohne Hunger* (El mundo sin hambre), por Alfred Bratt, 1916; — *Das grosse Wagnis* (La gran empresa), por Max Brod, 1919; *Die Insel, Schauspiel*, (La isla, comedia), por Herbert Eulenberg, 1919; — *Pirath's Inset* (La isla de los piratas), por Norbert Jacques, 1917; — *Die Lebenden Vierzehn* (Los catorce vivientes), por F. X. Kappus, 1918; — *Feuerseelen* (Almas de fuego), por Annie Harrar, 1921; — *Die Todgeweihten*, por Claude Farrére (traducción alemana, 1921); — *Die Fahr in die Zukunft* (El viaje al futuro), por Hans Christoph, 1922; — *Die blaue Gefahr* (El peligro azul), por Renard; — *Die andere Seite der Welt* (La otra parte del mundo), por Georg Koref; — *Zwischen zwei Welten* (Entre dos mundos), por Kurd Lasswitz; — *Nebel der Andromeda*, por Fritz Brehmer; —*Antarktis*, por Egmont Colerus; por el mismo también: *Sodom, Weise Magier* y *Der dritte Weg*, 1921 — y tantas otras de ese género que parecen agotar todas las posibilidades y que encuentran siempre nuevas. — Además la obra teatral *W. U. R. (Wesstands Universal Robots)*, de los obreros autómatas imaginados por los hermanos Czapek, de Bohemia, 1923; — *La epopeya marciana*, dos novelas planetarias, *Los titanes del cielo* y la *Agonía de la tierra* (1921, 1922), por Octave Jacquel y Théo Varlet, etcétera, etcétera.

Hay aún, para mirar una última vez hacia atrás, categorías próximas a la utopía, que expresan por ejemplo más bien temores, pesadillas, que pesan sobre la conciencia popular, esperanzas. Los profetas, las visiones, las predicciones han sido siempre numerosos. Las personas que desean entrever las consecuencias de la depreciación del oro, si la descomposición química del elemento oro se inventara o no: *Gold und Ehre* (Oro y honor), por un autor danés, Otto M. Moller, es una ficción de ese género. *La Famine de fer* (en el año 2432), El hombre de hierro... es descripta por Henri Allorge (*La Grand Revue*, 10 de febrero de 1913). — Hay una leyenda de una inmensa batalla de los pueblos, estudiada por F. Zarbousen, *Die Saye von der Volkerschlacht der Zukunft vam Birkenbaum*" (La leyenda de la batalla de los pueblos del futuro "en el Birkenbaum"), 1897. — J. Zemmrich, 1891, examina: *Toteninseln und verwandte geographische Mythen* (Las islas de los muertos y los mitos geográficos semejantes). — Las amazonas, la rebelión y la caída de los ángeles, los viajes hacia una tierra prometida como el de Saint Brandanus, el Eldorado, Bimini, Ophir, todos esos países soñados, el Schlaraffenland (país de la Cucaña), la llamada *Lügendichtung* antes de su apogeo clásico en Münchhausen, y después de éste; la Atlántida, el centro de la tierra, todo fué objeto de ensueño, terreno de la fantasía que revolotea y marcha siempre delante del pensamiento, más adelante aún del hecho.

La Tempestad, de Shakespeare, la isla de Próspero, el *Simplicissimus*, de Grimmelsausen, novela alemana del siglo XVII, compuesta de elementos utopicos, la *Insel Felsenburg* (La isla Felsenburg), 1731-43, que forma una transición de la robinsonada a la utopía social; en todas partes se toca en la utopía, que se haga la contraprueba, que se elimine el elemento utópico de la literatura: será bien pobre sin él.

Como las utopías han proclamado las ideas sociales, las ideas de libertad mas nobles, la paz fué también entrevista en nobles visiones utópicas, como el *Proyecto de paz perpétua* del abate de Saint Pierre y el estudio de Manuel Kant *De la paz perpetua*; un escrito raro de ese género se titula *Etrennes de l'Emperewr de la Chine aux souverains de l'Europe pour l'année 1782. Avec un Plan de Pacification proposé par le Monarque Chinois* ("a Constantinople", 1782, 76 págs).

¿Diré algunas palabras sobre el estudio de las utopías?

No se las perdió de vista en otro tiempo, como testimonian, por ejemplo, el *Dictionnaire historique et critique* de Pierre Bayle y la gran colección de *Viajes imaginarios...*, publicada de 1787 a 1789. Desde entonces la ciencia económica y política, con carácter histórico y realista, las menospreció, y entre los primeros que les prestaron atención de nuevo está G. C. Lewis en Inglaterra, en un capítulo *sobre los modelos ideales en política*, de su libro *Tratado sobre los métodos de observación y de razonamiento en política;* luego el economista alemán Mobl discutió las grandes utopías, pero sin la menor simpatía. Entre tanto Cabet, antes y después de haber escrito su *Icaria*, recluído en su destierro de Londres, leía lo que encontraba en utopías, y habló de ellas y después de él Villegardelle y otros en 1840-50.

Luego se cesa de nuevo de ocuparse de las utopías hasta 1891 en que el profesor F. Kleinwacter publicó, en Viena, *Die Statsromane* (La novela estatista); A. von Kirchenheim hizo aparecer luego *Schlaraffia politica. Geschichte der Dichtungen von besten Staat* (Leipzig, 1892). Claro está, hubo una cantidad de folletos débiles sobre algunas utopías y que se figuraban también refutar el socialismo, por A. Gehrke, M. Brasch, etc. El primero que discutió este asunto con alguna detención — aparte de los historiadores del socialismo — fué el profesor Voigt: *Die soziale Utopien. Fünf Vortrage* (Las utopías sociales. Cinco conferencias), Leipzig, 1906.

No pienso que se hayan hecho investigaciones más serias sobre el conjunto de las utopías en los otros países, con una excepción quizás, el reciente libro de un americano: *The Story of Utopias* de Lewis Mumford (New York, XIII, 315 págs., 1922, segundo tiraje en mayo de 1923). Este libro, como todos los otros mencionados, no se ocupa más que de un número muy pequeño de utopías, de 20 a 30 apenas. Los autores mencionados han conocido todos muy pocas utopías; se han procurado 10, 15, 20 y he ahí todo; ignoraron las otras y han simulado despreciarlas; así, pues, se quedó siempre en un círculo estrecho de las 12 o 15 utopías generalmente reconocidas. Incluso el señor Mumford, que ha sobrepasado un poco ese círculo mágico sagrado por la tradición, no avanzó mucho más lejos, y es asombroso ver lo que ignora en materia de utopías.

Los únicos que conocen las utopías son los *amateurs*, los coleccionistas y los socialistas de espíritu libre y de vida larga que las descubren poco a poco. Un coleccionista de Viena, fallecido, había reunido la mayor colección de obras de este género: fué dispersada por un librero, que publicó un catálogo de 1850 números en 112 páginas, en marzo de 1912. Conozco bien ese catálogo, que está lleno de muchas publicaciones originalísimas de todo género, de suerte que la literatura utópica que contiene se eleva quizás, estrictamente contada, a un tercio, supongamos, a 600 títulos. Conozco una colección que, calculada así, contiene tal vez 400 o 500, un número de los cuales no coincide con los títulos de la colección del catálogo de 1912. Conozco gran número de títulos de utopías de acuerdo a otras fuentes. Eso me permite decir que con esos solos materiales se establecería probablemente de 1000 a 1200 publicaciones utópicas de géneros muy diversos y en ediciones y traducciones múltiples. — Y comenzando una verdadera investigación bibliográfica se llegaría más lejos aun.

Entonces se ve que el estudio de las utopías no puede hacerse sobre la base de 20 ó 30 ejemplares, cuando más bien habría que conocer de 300 a 500.

El libro de M. Mumford es una descripción bastante amable, a menudo inútil, algunas veces dice muy buenas cosas. Así, establece arrogantemente la *utopia of nationalism*, la utopía del nacionalismo, y pone a Mazzini en esa categoría; sin ser anarquista ni internacionalista, ve en el fondo de esa cuestión con un instinto extraordinario; se ha creado esa ficción, después se la ha realizado — los resultados los vemos. Sería preciso copiar esas páginas, pero serían demasiado largas para este capítulo y además no tengo el libro a mi disposición.

He ahí el fin de esta ojeada sobre un género de literatura que algunos lectores no habrían quizás creído tan extensa. La utopía ha vivido siempre y existe, no morirá. Ha podido ser un medio fuerte de propaganda, cuando valía algo, cuando valía poco pero era atractiva, ha podido extraviar el mundo: el cristianismo, el nacionalismo, ficciones que se creyó necesario realizar, imponer, dan fe. El pueblo tendrá siempre su sueño, su utopía y todo hombre tiene la suya. No hay, pues, ninguna razón para despreciar, para desdeñar este género — muy al contrario. Si supiésemos crear y propagar una poderosa utopía, el mundo nos ayudaría a realizarla: nos corresponde crearla y marchar delante. Una sola vez se hizo eso — el primero de mayo de 1890 — ese día el pueblo nos respondió, su imaginación había sido afectada, habría ido más lejos, pero los socialistas no estaban dispuestos a ir a ninguna parte — desde entonces, la imaginación del pueblo no ha sido tocada nunca, ni por la revolución rusa, ni por la muerte de Ferrer; tan solo un impulso aquí y allí, pero no generalmente.

No digo que todo el mundo escriba utopías — ¡Dios nos guarde! Pero entre la *utopía* y el *experimento* y la *ciencia*, el *conocimiento*, la *experiencia* necesarias para una y otra, hay lazos: la utopía no es idéntica al juego del espíritu, a la fantasía pura y simple, reposa también con frecuencia sobre el razonamiento, el saber, la experiencia. Y es una creación, una acción. La crítica la modificará, la derribará. Tanto mejor. Es la acción la que nos es preciso, y no pudiendo obrar directamente, el medio de obrar por el espíritu, la inteligencia, la fantasía nos queda siempre — nosotros lo utilizamos muy poco.

Coordinemos nuestras ideas, establezcamos cada cual para sí *Mi utopía*, busquemos, los que son capaces, los medios eficaces para expresar esas concepciones altamente — eso será ya algo. Un día, de aquí, de allí, surgirá de nuevo alguien que nos escribirá una bella utopía, que sepa encontrar ese *missing link* (lazo que falta) entre el porvenir y el presente, entre nuestro sueño y nuestras personas presentes, encontrará una vía y se dará un paso hacia adelante en el país sin límites de la utopía libre (1).

Max Nettlau

23 de enero de 1925.

(1) Es evidente que el ensayo presente no podía informar al lector sobre el contenido, las ideas, el cuadro, las múltiples características especiales de los centenares de utopías mencionadas. Se trata, ante todo, de dar un resumen sumario de categorías y de entrecruzamientos de esa gran literatura a través de los siglos. Todo el trabajo íntimo queda por hacer, sobre la base del examen de las diversas producciones y de los detalles históricos que se poseen sobre ellas. Este trabajo establecería ante todo la filiación de las utopías que son en parte iniciativas originales, pero que muy a menudo están construídas bajo la influencia de una utopía preponderante o en oposición a una tal. Esta interdependencia es muy interesante para ser observada, al lado de los aislados independientes que se encuentran igualmente casi siempre. Yo no podía abordar todo eso en este primer esbozo. —M. N.

En rústica, $ 1.50; en tela, $ 3.50.